

PREFACIO

SOBERANÍA ALIMENTARIA,

JUSTICIA ALIMENTARIA Y LA CUESTIÓN AGRARIA:

UNA LUCHA POR LA CONVERGENCIA EN LA DIVERSIDAD

SAMIR AMIN

Producciones familiares, agricultura moderna y producción del hambre

La agricultura familiar moderna en Europa occidental y en los Estados Unidos de América (EE. UU.), laboralmente es muy productiva. Cada trabajador produce de 1000 a 2000 toneladas de cereal. La producción jamás había sido tan grande y ha permitido que menos del 5% de la población provea a la población interna y que haya sobreproducción para la exportación. Aunque no es necesariamente el tipo de agricultura más productiva evaluando toneladas producidas por hectárea, la agricultura familiar moderna tiene una capacidad excepcional para incorporar las innovaciones y para adaptarse tanto a las condiciones ambientales como a las demandas del mercado.

Aunque está profundamente enraizada en el capitalismo, la agricultura familiar es diferente de la industrial porque no comparte las características específicas de la producción capitalista: la organización industrial del trabajo. En la fábrica, la cantidad de trabajadores permite una división del trabajo especializada, que está en el origen del crecimiento de la productividad moderna. En las fincas familiares modernas, el suministro laboral es reducido a uno o dos individuos (la pareja de productores), algunas veces apoyados por uno, dos o tres miembros de la familia, socios o trabajadores permanentes. En ciertos casos, una gran cantidad de trabajadores temporales (especialmente durante las cosechas de frutas y vegetales). Generalmente no existe una división del trabajo fija ni estricta, las tareas son complejas, múltiples y variables. En este sentido, la producción agrícola familiar moderna no es capitalista. Sin embargo, en los países del Norte la agricultura familiar moderna es una parte inseparable e integral de la economía capitalista, y combinada con su productividad y la eficiencia laboral aportan enorme productividad y resiliencia al sistema agroalimentario global.

La eficiencia laboral de la finca familiar moderna se debe principalmente al moderno equipo que utiliza, ya que posee el 90% de los tractores y del equipo agrícola moderno que se utiliza en el mundo. En la lógica capitalista, el agricultor es al mismo tiempo trabajador y capitalista, y su ingreso debería corresponder a la suma de su sueldo por su trabajo y la ganancia por ser dueño del capital que se utiliza. Pero no es así. El ingreso neto de los finqueros es comparable al pago promedio (bajo) en un empleo en la industria del mismo país. La intervención del Estado y las políticas regulatorias en Europa como en EE. UU. para favorecer la sobreproducción (acompañada de subsidios) garantizan que las ganancias sean acumuladas no por los agricultores sino por los segmentos que controlan el capital industrial, financiero y comercial, que se mueven más arriba y más abajo en la cadena alimentaria.

A pesar de su eficiencia, la familia agrícola moderna es solo un subcontratista preso entre la corriente de la agroindustria (que impone organismos genéticamente modificados, OGM, y abastecimiento de equipo y productos químicos) y la presión de los comerciantes, procesadores y supermercados comerciales. El autoconsumo es casi irrelevante al negocio de agricultura familiar moderna, porque la economía familiar depende totalmente de su producción para el mercado. Por ello, la lógica que dirige las opciones de producción familiar no son las mismas de la agricultura campesina de ayer ni las de los campesinos actualmente en el tercer mundo. Debido a su total subordinación a las fuerzas del mercado, las familias agrícolas son víctimas de la producción en masa del sistema capitalista, tanto como productores como consumidores. Esta realidad une a los productores campesinos de los países del Sur y a la creciente masa de desclasados consumidores de “comida de masa” o “comida chatarra” de todo el mundo.

En el tercer mundo, la contraparte de los agricultores familiares modernos del Norte son los campesinos, quienes constituyen más de un tercio de la humanidad: dos billones y medio de personas. Los tipos de agricultura cambian, de agricultura no mecanizada que utiliza los productos llamados de la revolución verde (fertilizantes, pesticidas y semillas híbridas), cuya producción ha aumentado a 100-500 quintales por trabajador, a aquella agricultura destruida por la espiral negativa de la revolución verde; la “involución”, cuya producción disminuyó a diez quintales por trabajador y continua decayendo a pesar de los crecientes y caros insumos invertidos. Otra categoría creciente de productores agrícolas son los campesinos que utilizan métodos “agroecológicos” para manejar la producción agrícola, las fuentes de agua y crear ecosistemas para mantener la productividad y la resiliencia, para disminuir el costo de producción, y cuya productividad –cuando se mide en kilos por hectárea– compite tanto con la agricultura industrial como con las fincas familiares modernas. A pesar de esto, la distancia entre la producción promedio entre productores agrícolas del Norte y los productores campesinos del Sur es enorme: en 1940 era de 10 a 1, actualmente es de 100 a 1. En otras palabras, el rango de progreso en la productividad agrícola ha sobrepasado

enormemente la que se da en otras actividades productivas, lo que combinado con la sobreproducción global hace que el precio real caiga de 5 a 1.

La agricultura campesina familiar en los países del Sur, al igual que su contraparte del Norte, también está bien integrada al mundo capitalista. Sin embargo, un estudio más minucioso inmediatamente revela tanto las convergencias como las diferencias en estos dos tipos de economía “familiar”. Existen enormes diferencias que son visibles e innegables: la importancia de alimentos para sobrevivir en las economías campesinas; la baja eficiencia laboral de la agricultura no mecanizada; las minúsculas parcelas y su sistemático despojo o destrucción por la urbanización, los agrocombustibles y la industria agrícola; la extrema pobreza (tres cuartos de las víctimas de desnutrición son rurales); y el inmenso problema agrario (los campesinos no son el 2-5% de un sector más amplio, como en la sociedad industrializada, sino que constituyen casi la mitad de la humanidad).

A pesar de estas diferencias, la agricultura campesina es parte del sistema capitalista global dominante. Los campesinos frecuentemente dependen de la compra de insumos y cada vez más son presas de los oligopolios que los venden. Además, estos campesinos alimentan a casi la mitad de la población humana (incluyéndose a sí mismos). Para los campesinos atrapados por la revolución verde (aproximadamente la mitad de los campesinos en los países del Sur), la absorción de sus ganancias por el capital dominante es macabro, manteniéndolos en una desesperante pobreza (como lo evidencia la epidemia de quiebra y los suicidios campesinos en India). La otra mitad del campesinado en los países del Sur, a pesar de su baja producción, tiene una tasa de crecimiento anual de 8% (por lo cual es considerada como un mercado potencial anual de US\$ 2,3 trillones).

La colonización industrial de los sistemas alimentarios sustentados por los campesinos y las familias agrícolas

Como respuesta a la crisis mundial alimentaria, el capital del régimen alimentario corporativo –integrado por los gobiernos de los países del Norte, instituciones multilaterales, oligopolios agroalimentarios y el gran capital filantrópico, proponen utilizar ingresos públicos de los impuestos en la modernización de áreas en países del Sur que tienen un enorme potencial agrícola (es decir, regiones “graneros” donde hay buena tierra y acceso a la irrigación) para incorporarlas en los mercados globales. Nos quieren hacer creer que esto erradicará la pobreza rural y permitirá un crecimiento económico nacional en los países del tercer mundo, al mismo tiempo que terminará con el hambre en el mundo.

Esta estrategia es promovida por “razones supremas y absolutas” de la administración económica que se sustentan en la propiedad privada y exclusiva de los medios de producción. De acuerdo con la economía convencional, el mercado sin regulación (donde es transferible la propiedad del capital, la tierra y el trabajo) determina el uso óptimo de estos factores de producción.

De acuerdo con este principio, la tierra y el trabajo se convierten en mercancías y como cualquier otra mercancía es transferible al precio del mercado para garantizar el mejor uso para sus dueños y la sociedad en general. Esta no es más que una tautología; sin embargo, es el sustento del discurso económico acrítico.

El sistema global de la propiedad privada de la tierra, que requiere el libre movimiento del capital (y su concentración) se justifica en términos sociales con el siguiente argumento: la propiedad privada en sí misma garantiza que los agricultores campesinos no serán súbitamente despojados del producto de su trabajo. Obviamente, para la mayoría de los campesinos del mundo esto no es una realidad. Otras formas de tenencia de la tierra pueden garantizar que los agricultores, campesinos (así como los trabajadores y consumidores) gocen de beneficios equitativos de la producción. Pero el discurso de la propiedad privada es utilizado como conclusión para imponerse como la única posibilidad que puede “regular” el desarrollo de la población. Actualmente, los centros capitalistas subyugan a la propiedad privada: la tierra, el trabajo y el consumo en todas partes, a través de expandir la política de monopolios, “privatizaciones” de regiones del mundo, para asegurar el despojo de los campesinos y hacer que sufran inseguridad alimentaria vastas comunidades pobres. Esta forma de actuar no es nueva. Se inició durante la expansión global del capitalismo en el contexto de los sistemas coloniales. Lo que el actual discurso dominante interpreta por “reforma del sistema de tenencia de la tierra” y “nuevas inversiones en agricultura” es totalmente contrario a lo que se requiere para construir una alternativa real sustentada en una economía campesina próspera. Este discurso, promovido por los instrumentos de propaganda del imperialismo global, como el Banco Mundial y numerosas agencias de cooperación, e incluso un número creciente de Organizaciones No Gubernamentales (ONG) que reciben financiamiento gubernamental y del capital filantrópico –interpretan la reforma agraria como medio para acelerar la privatización de la tierra, nada más que eso. Su aspiración es clara: crear las condiciones que permitirán a las modernas ‘islas’ de agronegocios apoderarse de la tierra que necesitan para su expansión.

¿Es deseable que los países del Norte modernicen la agricultura de los países del Sur? ¿Será posible?

Fácilmente se podría imaginar que concentrando la producción de 2,5 billones de personas en 50 millones de nuevas fincas modernas, en enormes áreas con tierra agrícola de primera calidad y acceso a todos los créditos subsidiados, se podrían producir los alimentos que actualmente generan los campesinos. Posiblemente esta medida incluso liberaría la tierra que se estima necesaria para producir los agrocombustibles que el Norte requiere, 276 millones de hectáreas (aunque esto no significa que haya suficiente agua para esa producción). Pero ¿qué va a suceder con el sustento y los sistemas alimentarios de billones de campesinos que son productores “no competitivos”? Inexorablemente serán expulsados de la tierra y eliminados en corto tiempo,

posiblemente en pocas décadas. ¿Qué pasará con estos billones de personas, quienes con limitaciones tienen capacidad de alimentarse a sí mismas? En un lapso de 50 años, ningún desarrollo competitivo industrial, ni siquiera considerado en un escenario hipotético con crecimiento económico anual de 7%, podría empezar a absorber un tercio de esa masiva reserva laboral. Esta población sería condenada al hambre, la migración y el sufrimiento, no porque la comida sea insuficiente, sino debido a que serán expulsados de la tierra en un sistema alimentario disfuncional que obstinadamente los mantendrá en la pobreza y con inseguridad alimentaria.

El capitalismo, por su propia naturaleza, es incapaz de resolver la crisis global de hambre porque no puede resolver la cuestión agraria histórica: cómo movilizar la sobreproducción agrícola que generan los campesinos a la industria, sin eliminar al campesinado de la agricultura. Aunque el capitalismo fue capaz de realizar esta transición en las sociedades industrializadas de los países del Norte, esta práctica no es eficaz para el 85% de la población mundial que habita en los países del Sur. Ha llegado a tal nivel que su continua expansión requiere la aplicación de políticas de acaparamiento de tierra en todo el mundo, en una escala similar a la ocurrida al inicio del capitalismo como sistema económico en Inglaterra. La enorme diferencia consiste en que actualmente la destrucción de la “reserva campesina” en todo el mundo, para tener trabajo barato, equivaldrá al genocidio de un tercio o la mitad de la humanidad. Por un lado, la destrucción de las sociedades campesinas de Asia, África y Latinoamérica; por otro, billones de ganancias inesperadas para el capitalismo global extraídas de una producción social inútil, incapaz de satisfacer las necesidades de billones de personas hambrientas en los países del Sur, al mismo tiempo que aumenta la cantidad de personas enfermas y obesas en los países del Norte.

Hemos alcanzado un punto en el que para abrir nuevas áreas de expansión del capitalismo es indispensable destruir sociedades enteras. Imaginemos, por un lado, 50 millones de nuevas y modernas fincas “eficientes” (20 millones de personas con sus familias); por el otro, dos billones de personas totalmente excluidas. Cualquier ganancia de esta transición capitalista sería una lamentable gota de agua en un océano de destrucción. El efecto de aumentar la migración de las áreas rurales trasladará la miseria de la sociedad capitalista a nuevas y existentes comunidades urbanas de gente pobre, sin servicios y “sobrepobladas”. El colapso del sistema alimentario global evidencia el hecho de que, a pesar de la jactancia neoliberal, el capitalismo ha entrado a su etapa senil porque la lógica del sistema es incapaz de al menos garantizar la supervivencia de la humanidad. La continua expansión del capitalismo en la agricultura de los países del Sur provocará que el planeta esté lleno de vías de miseria, barriadas, favelas. Si anteriormente esta creativa fuerza histórica rompió los lazos del feudalismo, actualmente el capitalismo se ha convertido en la barbarie que nos lleva directamente al genocidio. Es indispensable cambiarlo –hoy más que nunca– por otras lógicas y procesos de desarrollo más racionales y humanos.

¿Qué se puede hacer? Diferentes líderes mundiales abordan esta pregunta histórica de diferentes formas en este libro. Yo también deseo abordarlo –como ellos lo hacen– sin estancarse en el pasado ni en modernismos románticos, sino proponiendo una nueva visión de soberanía alimentaria.

No existe otra alternativa válida que no sea la soberanía alimentaria

La resistencia de los campesinos, pequeñas familias agrícolas y consumidores pobres, las personas más dañadas por el disfuncional sistema alimentario global, es esencial para construir una alternativa real y genuina para la humanidad. Tenemos que garantizar la funcionalidad y resiliencia de la agricultura campesina y familiar para que sea posible el futuro en el siglo XXI, simplemente porque esta agricultura nos permitirá resolver el problema agrario que determinan el hambre y la pobreza. El campesinado, las familias agrícolas y la agroecología –junto con nuevas relaciones con los consumidores y el trabajo– son esenciales para superar la destructiva lógica del capitalismo.

Personalmente creo que este cambio conllevará una transición larga y civil hacia el socialismo. El peso principal de esta transición fundamentalmente será en los países del Sur, pero también se concretará en los sistemas alimentarios urbanos y rurales de los países del Norte. Necesitamos crear políticas que regulen las nuevas relaciones entre el mercado y la agricultura campesina familiar, entre productores y consumidores, entre el Norte y el Sur, y entre áreas urbanas y rurales.

Esta es una tarea histórica, enorme y con muchas facetas en la que debemos abordar las reglas estructurales que gobiernan los sistemas alimentarios. Para comenzar, simplemente tenemos que desconocer el poder y la agenda de la Organización Mundial del Comercio (OMC), encargada del modelo global de mercado. Las regulaciones deben ser adaptadas a escala local, nacional, regional y subregional para proteger a los pequeños productores. Los sistemas alimentarios deben proteger la producción nacional y de los pequeños productores para garantizar la soberanía alimentaria. En otras palabras, el precio interno de los alimentos, el precio y la renta económica de la cadena alimentaria se han de separar del llamado mercado mundial.

Un incremento gradual en la productividad de la agricultura campesina combinando agroecología y estrategias de bajos insumos externos, sin duda será lento pero continuo y permitirá controlar el éxodo de las poblaciones rurales a las ciudades (en el Norte como en el Sur) y construir sistemas alimentarios autónomos que se beneficien recíprocamente en comunidades desabastecidas, para fortalecer las economías locales, el abastecimiento alimentario y la dieta. En cuanto al llamado mercado mundial, la regulación deseable probablemente se puede alcanzar con acuerdos tanto interregionales como rural-urbanos, que satisfagan los requisitos para un tipo de desarrollo sustentable que integra a las personas, en lugar de excluirlas como sucede actualmente.

A escala global el consumo de alimentos está garantizado (a través de una competencia del 85%) por la producción local. Sin embargo, esta

producción corresponde a diferentes niveles de satisfacción de las necesidades alimentarias: generalmente bueno para Norteamérica, Europa Central y Occidental, aceptable en China, mediocre para el resto de Asia y Latinoamérica, desastroso para África. Estados Unidos y Europa han comprendido muy bien la importancia de la soberanía alimentaria nacional y la han implementado exitosamente en sus países a través de políticas económicas sistémicas. ¡Pero parece que lo que es bueno para ellos no lo es para los otros países! El Banco Mundial, la Organización para la Cooperación Económica y Desarrollo (OECD, por su sigla en inglés) y la Unión Europea trataron de imponer mundialmente su propuesta, la “seguridad alimentaria”. (Un remedio similar aplican los gobiernos nacionales a la población pobre de los países del Norte, donde la seguridad alimentaria de las comunidades con bajo ingreso se logra a través de comida industrial, productos de baja calidad alimentaria “comida de masas”, “comida chatarra”). De acuerdo con su lógica, los países del tercer mundo no necesitan alcanzar su soberanía alimentaria, sino que deben depender de la agricultura industrial, la comida de masa y los tratados internacionales para suplir sus deficiencias alimentarias, aunque son enormes. Esto parece fácil para los países que exportan grandes cantidades de recursos naturales como petróleo o uranio, o para los consumidores ricos que pueden comprar alimentos fuera de ese circuito de consumo de las masas. La recomendación de los poderes occidentales para otros países es maximizar su especialización en la producción de mercancías agrícolas de exportación, como algodón, bebidas tropicales, aceites y agrocombustibles. Los defensores de la “seguridad alimentaria” para otros –no para sí mismos– no consideran el hecho de que la producción especializada, que se practica desde la colonización, no ha mejorado las miserables raciones de comida de la población, por el contrario ha provocado una creciente espiral global de enfermedades provocadas por malas dietas.

En la cumbre de todo esto observamos que la crisis económica que se inició por el colapso financiero de 2008 está agravando la situación y continuará de esta manera. Deprime ver cómo, actualmente, cuando la crisis evidencia el fracaso de las políticas de la llamada seguridad alimentaria, los miembros de OECD se aferran a ellas. Esto no se debe a que los líderes gubernamentales no “comprendan” el problema; sería como negar que tengan inteligencia, lo cual es seguro que poseen. Debemos considerar la hipótesis: la “inseguridad alimentaria” es un objetivo conscientemente adoptado y la comida está siendo usada como un arma. Sin soberanía alimentaria, no es posible alcanzar la soberanía política. Sin soberanía alimentaria, no puede existir la seguridad alimentaria ni la justicia alimentaria, ni a escala nacional ni local.

Mientras no existan alternativas para alcanzar la soberanía alimentaria, su eficiente implementación requiere, de hecho, un compromiso para construir economías profundamente diversificadas en términos de producción, procesamiento, manufactura y distribución.

Nuevas organizaciones campesinas que respaldan las luchas visibles actuales por la soberanía alimentaria existen en Asia, África y Latinoamérica.

En Europa y los Estados Unidos las organizaciones de agricultores, trabajadores y consumidores están creando alianzas para construir sistemas alimentarios más equitativos y sustentables. Frecuentemente, cuando los sistemas políticos impiden que se creen organizaciones formales (o les impiden tener un impacto significativo), las luchas sociales se convierten en “movimientos” que parecen no tener una dirección definida. Cuando surgen estas acciones y programas se han de examinar de cerca. ¿A qué fuerzas sociales representan? ¿Los intereses de quién defienden? ¿Cómo puede la lucha encontrar su lugar en la expansión global del capitalismo dominante?

Debemos preocuparnos por las precipitadas respuestas que se dan a estas preguntas complejas y difíciles. No debemos condenar ni ignorar a organizaciones y movimientos con el pretexto de que ellos no tienen el apoyo de la mayoría de campesinos, pequeños productores o consumidores para sus radicales programas. Con esta actitud ignoramos que las grandes alianzas y estrategias se forman por etapas. Tampoco debemos aliarnos al discurso “ingenuo globalofóbico” que frecuentemente prevalece en foros y alimenta la ilusión de que el trabajo disperso de los movimientos sociales puede lograr que el mundo funcione bien.

Convergencia en la diversidad

Dadas la creciente pauperización, creciente inequidad, creciente desempleo o creciente precariedad, es normal que la población en todo el mundo empezara a resistir, protestando y organizándose. La población lucha por sus derechos y por la justicia. Los movimientos sociales en su mayoría se mantienen a la defensiva, enfrentando la ofensiva del capitalismo que desmantela cualquiera de sus conquistas alcanzadas en la lucha en las décadas anteriores, resisten tratando de mantener todo lo que se puede. Pero aunque los movimientos sociales son totalmente legítimos y están creciendo en todas partes, aún están muy fragmentados. Lo que requieren es moverse más allá de la fragmentación y de la acción defensiva. Es indispensable crear una alianza creciente que se fortalezca con la fuerza de una alternativa positiva.

Para que cambie la correlación de fuerzas es indispensable que los movimientos fragmentados –como aquellos por la soberanía alimentaria, la justicia alimentaria y la democracia alimentaria– construyan una plataforma común sustentada en objetivos compartidos. A esta confluencia le llamo “convergencia con diversidad” –que significa reconocer la diversidad no solo de los movimientos que están fragmentados, sino de las fuerzas políticas que operan en ellos, así como las ideologías e incluso diferentes visiones sobre el futuro de esas fuerzas políticas. Esta diversidad debe ser aceptada y respetada. No estamos en la situación en la que un partido dirigente puede crear un frente común. Es muy difícil construir la convergencia en la diversidad, pero a menos que la alcancemos, considero que será imposible cambiar la correlación de fuerzas a favor de las clases populares.

No tenemos un plano establecido para convergencia con diversidad. Las maneras de organización y acción siempre las crean quienes participan durante la lucha, no son preconcebidas por intelectuales y luego ejecutadas por la gente. Al observar la anterior y larga crisis del capitalismo en el siglo XX, vemos que los pueblos inventaron formas eficientes de organizarse y actuar que fueron útiles en su momento: por ejemplo, los sindicatos, los partidos políticos y las guerras de liberación nacional, acciones que provocaron un gigantesco cambio progresista en la historia de la humanidad. Pero todas ellas han dejado de tener fortaleza porque el sistema en sí ha cambiado y se ha movido a una nueva fase. Actualmente, como lo señaló Antonio Gramsci, la primera ola ha terminado. La segunda ola de acción para cambiar el sistema está empezando. La oscura noche aún no ha finalizado; todavía no podemos ver la claridad del día, en este tiempo de crisis aparecerán muchos monstruos entre las sombras... Para trascender la posición fragmentada y defensiva, para alcanzar algún tipo de unidad y construir convergencia respetando la diversidad con objetivos estratégicos es indispensable la repolitización de los movimientos sociales. Los movimientos sociales escogieron despolitizarse, debido a las políticas anteriores, las de la primera ola de resistencia, ola que ha concluido. Actualmente les corresponde a los movimientos sociales crear nuevas formas de politización.

La primera responsabilidad de los activistas de los movimientos de base es ver, reconocer que, no obstante lo legítimo de sus acciones, su eficiencia es limitada por el hecho de no superar una lucha fragmentada. Al mismo tiempo es una responsabilidad de los intelectuales. No me refiero a intelectuales académicos sino a pensadores y personas políticas, involucradas en política; ellos deben considerar que no es posible cambiar la correlación de fuerzas sin unirse a la lucha, siendo dirigidos por los movimientos sociales, sin tratar de dominarlos ni de conseguir la fama personal, sino integrando los movimientos sociales de base en su pensamiento político y sus estrategias de cambio. Los activistas e intelectuales que escriben en este libro han asumido ambos retos. Será bueno para todos seguir su ejemplo.